

Z  
O  
N  
A  
V  
I  
P



*ÉJC*

ADÁN DE MARÍASS

© ADÁN DE MARÍASS  
© ZONA VIP  
Primera Edición  
Registro: N° 00258- 2012  
Imagen de Portada: EZC  
Hecho en el Perú

«En mi infancia, todo el mundo lucía preocupado por la forma en que el cuerpo se terminaba para entrar en los zapatos».

Juan Villoro

«Aunque parezca broma, un cuento es como andar en bicicleta, mientras se mantiene la velocidad el equilibrio es muy fácil, pero si se empieza a perder velocidad ahí te caes y un cuento que pierde velocidad al final, pues es un golpe para el autor y para el lector».

Julio Cortázar

«Caminando sobre sus propias palabras, el escritor Adán de Mariáss nos abre paso a su narrativa».

Guadalupe Lizárraga

El libro contiene dieciséis cuentos que desde el título del libro intenta que los lectores tengan acceso al lugar preferencial de los hechos.

## **A Wilo**

**DOS VECES SIETE**

**La señora salió** del restaurante apurando sus pasos, como si tuviera más que una sobreactuada urgencia, una cita marcada con anticipación en su agenda bien estructurada.

Antes dijo:

—Hazme un favor Pepe, cóbrate, y el vuelto me lo das a la hora que regrese.

Pepe asintió sin dejar de mirarle las piernas.

Siendo el dueño hace de todo, atiende como buen anfitrión, cobra, conversa, es muy atento, y vuelve cuando el agitado cocinero sirve en las tres bandejas el menú esperado.

—No nos han servido —se quejan otros comensales.

En una esquina hacia el fondo, Pepe me dice mira...

—Tengan paciencia, fíjense que somos dos.

Veo que alguien levanta la cuchara y empieza el acelerado concierto de tomar la sopa caliente, mientras el otro con su plato servido y casi frío, ríe ante ruidosa manifestación de hambre.

—Es lo mismo de siempre, ¿no Pepe?

—Ni respira bien el blanquiñoso, mira como se atraganta...

—Ya suéltalo, déjalo que coma tranquilo —dijo el buen Pepe.

—Parecen esos niños desnutridos de aquel orfanato donde los platos tienen hueco en el medio.

Pepe le arrojó una mirada caliente, agresiva, sin contemplaciones. El cocinero se fue directo a la cocina, tragándose sus propias palabras; donde en un rincón se establece el reloj antiguo, sucio y sin cucú sobre la refrigeradora que aún le falta mantenimiento, porque hace poco las verduras cambiaron de sabor y color, como la carne va perdiendo su acostumbrado color rojizo.

En pleno otoño hasta el viento cambia con autoritaria dirección, el manual de los buenos modales queda a un lado cuando el aparato digestivo avisa con insistencia que el hambre no acepta excusas, se oyen más cerca las quejas intestinales.

No lejos, en el tercer piso de un edificio mal pintado, oigo las agradables melodías de una música ecualizada que fluye ambiciosamente romántica, sale de aquel ventanal, todo el barrio la escucha, se deja oír complacida, y se va



acercando como una presencia zigzagueante hacia el restaurante, y no la detiene ni el claxon reiterado y maniático de un maleducado chófer.

—Oye Pedro, que me dices de tus soldados.

—Aquí están en mi mochila, ¿quieres verlos?

—No, déjalos en su cuartel, están concentrados.

Pepe volvió a contar los nuevos billetes, los levantó hasta lo más alto de su desconfianza, y los depositó sin remilgos en la caja registradora.

—Gracias —dijo por decir algo.

Saliendo uno de los comensales guardó en su billetera una estampita de San Judas Tadeo que Pepe le había regalado, a raíz de una interesante conversación laboral que sostuvieron días antes.

—Voy a venir con mis amigos del trabajo —habló en voz alta.

—Los espero —dijo Pepe sin el menor asomo de entusiasmo.

—Oye Pedro, ¿cuéntame...?

Pedro siguió tomando la sopa que no le gusta a su amiga Mafalda, pero se detuvo un instante, animado por un clima nostálgico que va subiendo de temperatura.

—¿Qué hay Pedrito? —insistió su hermano Tito.

—Nada hermano son los años, que quieres que te diga, me siento molido, a mis setenta y siete años estoy fregado hermano, déjame comer, porque me duelen hasta las bisagras, con las justas muevo algo de mi cuerpo, si no sopeo me muero.

—Tranquilo, yo preguntaba nomás —rió sin gracia Tito.

Pedro se pasó el pañuelo por la boca húmeda y grasienta. Se quiso poner de pie, pero un ligero mareo por falta de magnesio, y de higiene, lo hizo sentarse nuevamente.

—Así no eras cuando afanabas a la Tongolele de Lince, esa zamba robusta que hacía guiños a todo el mundo, y al final se iba con nadie, rara la tipa.

—Ah hermanito, es que tú no sabes...

—Claro, lo dices por tu problemita con las bolas.

—Precisamente me iba al *bowling* con ella.

—Y después se iban al Country.

—No, la acompañaba hasta la casa de su tía, donde se hospedaba, pero pasado un rato entraba por la ventana, para cantarle valsos.

—No me digas, ¿y la tía?

—La tanteaba, esa noche se fue al teatro donde cantaba una que se parece mucho a *María Callas*, alta, de nariz larga y distinguida.

—Como si estuviera anclada en esa moda sesentera.

—Exacto.

—Y la tía cuando regresó que pasó, cuéntame...

—Fuga.

—No te quedó otra —dijo Tito.

—Flaco, imagínate esta escena... la tía entrando a la casa, despacito, subiendo la escalera mientras intentaba darle a la zamba un beso al vuelo con lenguazo de cortesía, la tía girando lentamente la perilla de la habitación de la sobrina, y yo tuve que volar Tito, crees que me iba a quedar parado mirando como se iba abriendo el asombro en la cara de la tía.

—Pensar que llevabas a la zamba a cenar a buenos sitios, hasta dabas propina a los *mozaicos*, y ahora fijate bien lo que son las cosas, ella en Nueva York, vieja, guapa aún según el dato que nos han dado, pero bien casada con el primo lejano de Dean Martin, y tú mi querido Pedrito que caminas como si te estuvieras cayendo en cámara lenta.

—Ah flaco, tú siempre con tus ocurrencias...

—Sabes Pedrito, con las justas llegué a pagar los recibos de luz y de agua, con mi pensión de jubilado apenas como dos veces al día, nada de lonche ni de cena.

—Me pasa lo mismo, el Estado ni se acuerda de mí, y eso que vivo bastante cerca de Palacio de Gobierno.

De rato en rato, Pepe los observaba, como si estuviera mirando a dos niños viejos sin saber que ambos apenas tienen siete años.

El cocinero dejó caer a propósito el cuchillo, y luego la sartén, Pepe volteó y le espetó:

—Concéntrate.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

